



Barcos de todas clases y nacionalidades se dan cita en los muelles de Londres. Desde el moderno transatlántico a la barca de remos.

MISTER TÁMESIS

UN RIO MODELADO A LA IMAGEN DE UN PUEBLO

Una panorámica del complejo mundo de los docks londinenses. El río, entre curvas, como retorciéndose, se dirige hacia el Canal de La Mancha. Mientras, aprovechado el espacio al máximo, han surgido una serie de puertos artificiales que permiten acoger a centenares de navios a la vez, en afanosa e incesante tarea, lo que ha hecho erigir numerosas fábricas junto a los muelles, para recoger las mercancías en el momento de descargar. Las aguas del Támesis bajan ya turbias y malolientes





La noche va a caer sobre el viejo Támesis a su paso por Londres, en un típico atardecer inglés, brumoso y melancólico. La torre del «Big-Ben» y el edificio del Parlamento recortan su silueta sobre el fondo del poniente, mientras que el agua del río Támesis brilla por última vez, como queriendo absorber la luz fugitiva.

CADA uno recuerda con emoción el río de su tierra natal. El hombre permanece sentimentalmente ligado a su «gran río», su poesía, el encanto de sus aguas, la quietud de su paisaje... Cada uno asocia las imágenes de una región, de unas costumbres, de un modo de ser a una determinada corriente fluvial: el dulce Miño, el áspero Ebro, el austero Tajo... ¿Qué serían Londres y el sur de Inglaterra privados del Támesis? «Cuando llueve en mi jardín, el Támesis se torna gris», dice la canción y nadie osaría contradecirla. De carácter enigmático, modelado a la imagen del país, de los habitantes, de su estado de ánimo; siempre tranquilo y calmadamente, este río acaba su periplo en el canal de La Mancha.

Todo río tiene una vida: sencilla y apacible, en unos casos; complicada y dramática, en otros. Ha asistido a sucesos alegres o trágicos. Junto a su

cauce se han desarrollado toda clase de acontecimientos. La historia del Támesis es simple. Minúsculo, rústico, abandona sus iniciales zonas pantanosas para adentrarse por una región de colinas. Caprichosamente, renuncia a Bristol, su canal y otros lugares próximos, como Cheltenham. Se trata todavía de una débil corriente de agua, sin pretensiones ni experiencia: le gusta jugar. Y le atrae el norte del condado de Beerk: dulce aspecto, luz romántica, campo suave; juncos, cañas, sauces llorones esmaltan sus orillas; plantas acuáticas, le adornan; inunda las raíces de los árboles y riega los pastos en que pacen grandes rebaños de vacas linfáticas.

La capital le atrae y decide ir en su busca. Desde ese momento, su itinerario será, si no el más corto, sí el más rápido. Resueltamente se dirige hacia Oxford, se detiene a refrescar la ciudad y tras unos mo-

SIGUE



Londres acoge al Támesis como se merece, abarcándole, cruzándole con numerosos puentes, como el famoso de la Torre, que se abre sobre las aguas cada vez que pasa de carga y descarga, bajo banderas de todo el mundo. Abajo, a la derecha, una fotografía que muestra que el Támesis, como un burgués enriquecido, acoge también a

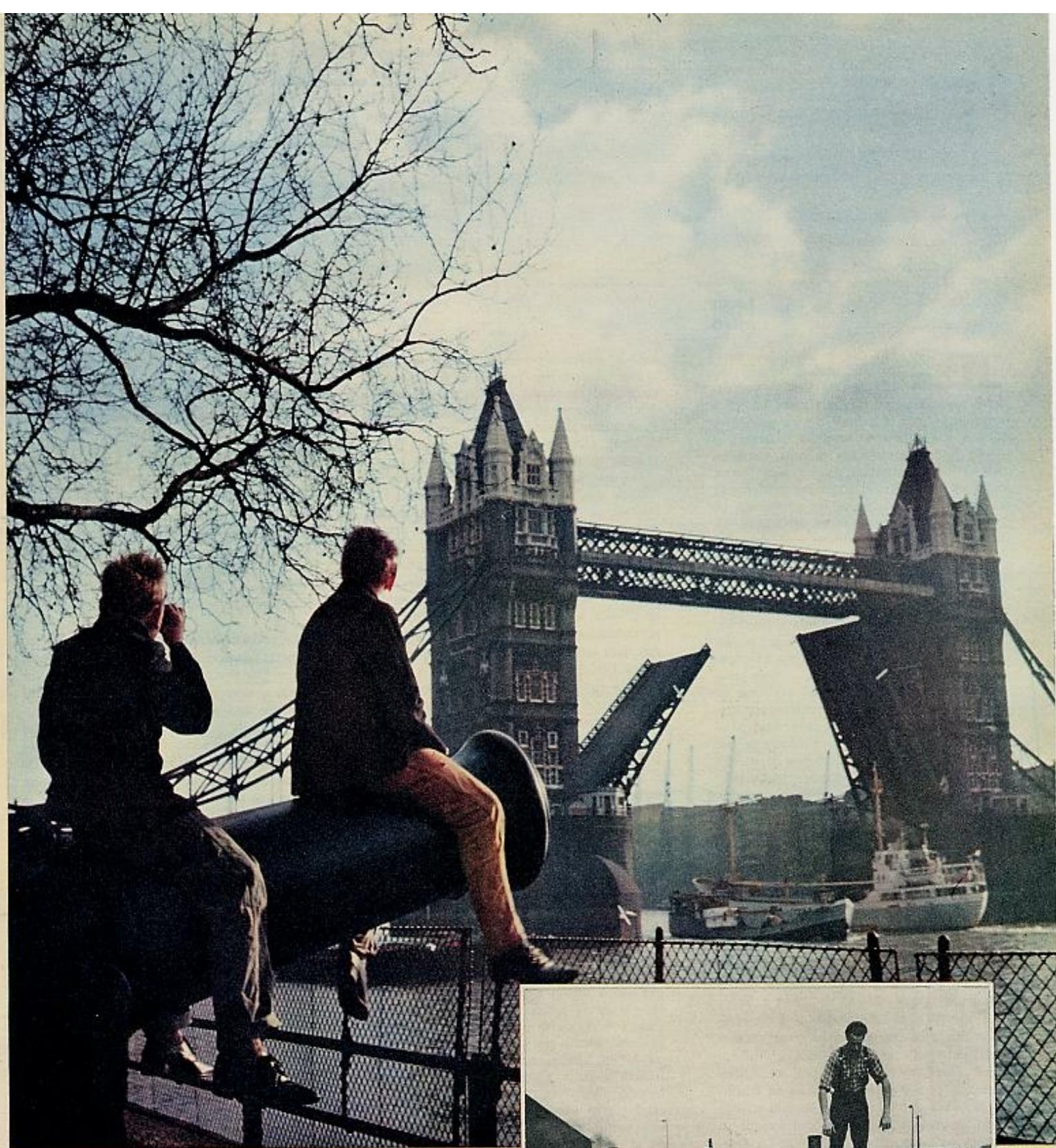
mentos de reflexión emprende rápidamente la marcha. La ruta es larga —trescientos cincuenta kilómetros— y ya ha haraganeado bastante... De camino se ha encontrado con el Brent y el Medway, lejanos parientes suyos, y les ha convencido para que le acompañen en el viaje. Ya ha tomado conciencia de su importancia y confía en el éxito. Los hombres le consultan para localizar sus provincias. Así, divide los condados de Oxford, Buckingham y Beerk, Surrey y Middlesex y, más tarde, los de Essex y Kent.

Poco a poco se va convirtiendo en algo que merece cierta consideración. Y lo sabe... O Londres o nada...

En efecto, se aproxima cada vez más. Se le construyen canales, juguetea un poco entre llanuras accidentadas, verdes praderas, turgentes colinas y

pueblecitos escondidos. Como un «nuevo rico», exhibe sus repintadas y modernas gabarras, que comienzan a surcarle cada vez con más frecuencia. Sus admiradores aumentan: son los pescadores dominicales, a quienes ofrece sus truchas, y las parejas, con bosques umbrosos junto a sus orillas y senderos discretos...

Henley organiza en su honor magníficas regatas, Eton le recuerda su paso por Oxford y la reina le rinde homenaje en Windsor. Mientras, ancho e imponente ya, calmo y fangoso, aún abraza un pueblecito para poetas, Strand-on-the-Green, antes de llegar a Londres, pues quiere una entrada única, majestuosa, espectacular, solemne. Le recibe un bosque de chimeneas, mástiles y grúas en plena actividad, cargando y descargando mercancías de



un barco de gran tonelaje. Mientras, a la derecha, prosiguen las afanosas faenas pintorescas y engalanadas chalanas, que mantienen una larga tradición fluvial.

todas las partes del mundo: atracan unos barcos, mientras otros sueltan amarras para abandonar el poblado, inmenso y afanoso mundo de los «docks».

Imponentes edificios vigilan su cauce y realzan el esplendor del río. El edificio del Parlamento británico, con el famoso reloj, el «Big-Ben»; enfrente, el Albert House; el puente que conduce a la Torre, de siniestro pasado...

Luego, ya en medio de la bruma, acompañando la estela de los barcos, entre banderas de todas las naciones, como buscando el eco de las roncadas sirenas, que suenan allá abajo, entre la niebla, desciende camino de su final de recorrido, hasta fundirse con el canal de La Mancha, en cita segura y calma, cumplido su destino...

FOTOCOLOR ZARDOYA

